



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



El uso del tiempo

Julián Vara Martín. Universidad Cardenal Herrera-CEU

Abordamos en este quinto capítulo el uso del tiempo, el que cada hombre hace de su propio tiempo, y también el uso que todos, colectivamente, hacemos del tiempo. Ambos dejan su rasgo en la historia mediante nuestras biografías y la historia de los colectivos y organizaciones a las que pertenecemos.

Este tema tiene más de un aspecto curioso. Lo es pensar que cuando hablamos de nuestra vida hablamos de algo que es por entero nuestro: mi vida es mía, y en esto me muestro muy celoso, no dejo que nadie la viva por mí. Y, sin embargo, en general no somos nosotros los que elegimos la mayor parte de las cosas que nos suceden o de las actividades a las que dedicamos nuestra vida. El tiempo de mi vida me pertenece y, sin embargo, no puedo disponer de él como quisiera ¿cómo es posible esto? Eso es debido a que el valor del tiempo, su uso y disposición, aquello por lo que realmente lo estimamos, no está en última instancia determinado por la tarea que realizamos. Así que, en un orden, eso no es lo más importante.

La ocupación no define el tiempo del hombre; aquello en lo que empleamos el tiempo sólo es el escenario en el que cada uno vive el tiempo de su vida, su propia historia. Lo importante de la vida, del tiempo del hombre, no está en las cosas que se hacen, sino en el modo como se hacen y en el sujeto que las hace.

El tiempo de un hombre, su historia, no viene definido por el conjunto de sucesos o acontecimientos que en ella tienen lugar ni, por tanto, por la tarea que la ocupa, sino por la trama de significado que les otorga valor y los sitúa unos en

relación con otros, y todos en relación con la única vida de un único hombre. Dos sujetos pueden hacer la misma actividad, exactamente la misma actividad –pensemos en la cadena de montaje en una fábrica–, y tener dos vidas muy distintas y dos historias muy diferentes.

Esto que sucede entre dos personas diversas, que pueden vivir las mismas cosas pero no las viven igual, también sucede a lo largo de la vida de un solo hombre: que no todos los momentos de tiempo son iguales, que el tiempo no vale todo por igual, no todos los momentos de la vida tienen el mismo peso. Unos son más importantes y tienen más peso, otros son menos importantes y más livianos, casi no cuentan en mi vida. En general, la medida del tiempo, lo que les otorga el peso y la importancia en la vida, no es lo que se hace, sino la conciencia con la que se hace, el significado que tienen.

Hay veces en las que lo que se hace tiene tal importancia que da lo mismo no ser consciente de ello –un compromiso matrimonial, tener un hijo o cerrar un acuerdo con otra persona–, en esos casos se presume –la ley así lo hace– que el sujeto es muy consciente de lo que está haciendo porque tienen trascendencia para el futuro o para otras personas. Pero en la mayor parte de nuestra vida, el valor del tiempo no viene definido por la tarea que nos ocupa, sino por el significado que tienen para nosotros.

Ese tiempo cargado de significado lo llamamos historia. Cada hombre tiene la suya, y esa es una historia personal.

El otro aspecto curioso procede de que el valor de la historia, para la vida de cada hombre, está en que le revela a él mismo quién es.

De lo que trata mi historia es de mí mismo, no habla fundamentalmente de las cosas que me suceden –algunas son aburridas y muy normales, otras quizá extraordinarias– sino que habla de quién soy yo, entre todas estas cosas que me suceden. Eso es lo que se llama también memoria. Un tiempo lleno de significado genera la memoria del hombre. Su propia memoria.

La memoria no es la facultad de reminiscencia, por la que traemos al presente hechos del pasado. La memoria no nos habla directamente de lo que sucedió, de aquello que tuvo lu-

gar y se recuerda, sino de lo que sucede ahora. Singularmente, de lo que nos sucede. O mejor: de lo que somos. La memoria, en este sentido, es el lugar en el que nos mostramos ante nosotros mismos y nos reconocemos; el espacio —muy íntimo— en el que estamos presentes a nosotros mismos y descubrimos que somos el protagonista de nuestra vida, de todos los diferentes acontecimientos, a veces sin aparente sentido, de nuestra propia vida. Si a uno le preguntaran quién es, y se lo preguntaran en serio, antes de dar una respuesta uno callaría y miraría dentro de sí. El lugar al que miraría es su memoria y lo que vería estaría lleno de momentos de su propia historia. Por poner un ejemplo, cuando alguien escribe un diario —y hay pocas cosas más íntimas y reservadas que un diario personal— uno da cuenta de las cosas que le suceden, pero del conjunto de todas ellas lo que aparece es la persona que lo escribió: quién es él, quién es él ante sí mismo —algo que quizá muy pocos conocen fuera de él mismo. Ése es el lugar de la memoria, un espacio tan íntimo que sólo hay sitio para uno, sólo cabe uno mismo y, si acaso, alguien tan cercano que es como uno mismo: un amigo. La amistad existe precisamente a partir de la comunicación de la memoria, de compartir la memoria personal —del mismo modo que uno sólo dejaría leer su diario a alguien que le quisiera y le pudiera entender como uno se quiere y se entiende a sí mismo.

Esos momentos de la vida de los que uno deja constancia en su diario y que generan la memoria no ocupan todos el mismo espacio de tiempo porque, como hemos dicho, el tiempo no pesa todo por igual. Para que el tiempo tenga peso es preciso usarlo bien, usarlo de un modo verdadero. Y eso supone un trabajo.

El único uso verdadero del tiempo es la construcción de la memoria: ésa es la tarea única a la que se aplica el hombre a lo largo de la vida. Ése es el fruto del trabajo de la vida. Y no hay nada más humano que esta tarea, nada más propio de la vida de un hombre que el desvelar quién es a lo largo del tiempo. Por eso, abrir una reflexión sobre el uso del tiempo es dirigir la mirada al hombre mismo y dejarla descansar en el punto en que el hombre se distingue de todas las demás realidades. Y este es un punto paradójico.

Los antiguos solían decir que el hombre era como el confín o el horizonte entre dos mundos, uno superior y otro inferior. Por un lado, pertenece a un mundo que comparte con los animales, un universo material, con necesidades y limitaciones comunes a las demás especies. Pero, de otra parte, participa también de un mundo que excede ese orden material de la naturaleza y parece que lo sobrepasa infinitamente: cuando ve algo, se sorprende; cuando se sorprende, desea conocer; y, cuando reconoce un límite, se ve movido a superarlo, superarlo infinitamente: desde la cima de un monte hasta la muerte—algo que es aparentemente tan natural como el nacer y que en el hombre siempre provoca rebelión y el deseo de vivir para siempre—. De este modo, el hombre se mueve como en el umbral entre estos dos mundos y participa de ambos: por su finalidad, se sabe superior a todo lo que encuentra en el mundo, y lo ve en cierto modo extraño; por el modo de alcanzar esa plenitud, el hombre comparte la condición de las demás criaturas que conoce: alcanza esa extraordinaria perfección a través de la colaboración con los demás y de la fatiga.

Cooperación con otros hombres y transcurso del tiempo son el marco en el que se desarrolla el trabajo de la vida cuyo fruto es la memoria. Constituyen el escenario en el que se usa el tiempo de un modo propiamente humano. Conforme a nuestra común condición animal, incapaz de valerse por sí misma y de alcanzar con un solo gesto su fin, el hombre debe colaborar con otros a lo largo de múltiples acciones para completar su tarea, para cumplir su vida. Pero no consiste en eso el trabajo del hombre; la unión con otros hombres y el paso del tiempo no hacen de suyo significativo un instante. Lo que hace significativo un momento del tiempo, una acción del hombre, es que el hombre esté dispuesto a responder de ella, que asuma responsabilidad sobre ella. Se produce así una cierta relación de intercambio entre el hombre y la realidad: el hombre responde de las cosas y las cosas, de algún modo, responden por él ante el paso del tiempo, devolviéndole un significado a su vida: generando su memoria.

El hombre se hace responsable del mundo, de sí mismo y de otros hombres y esto hace valiosa su vida: él mismo es generado. El compromiso del hombre con la realidad, con los

otros hombres y consigo mismo hacen significativo el paso del tiempo, de modo que éste ya no le desgasta al pasar sino que le construye. El paso del tiempo ya no se siente como un peso, sino como una tarea: el tiempo construye.

La condición de ese trabajo es la responsabilidad.

Los temas que forman parte de este capítulo nos hablan precisamente de este aspecto de la vida del hombre: el trabajo de la vida, la responsabilidad del hombre sobre las cosas, sobre sí mismo y sobre los demás, singularmente. Desde su condición primera y más propia, distinguiendo en qué consiste esa responsabilidad sobre la realidad y cuál es el sentido del trabajo humano, la retribución que inmediatamente genera para el hombre y lo que eso le permite en la vida, abriendo espacios en un cierto sentido distintos del trabajo mismo, hasta la relación entre hombre y mujer como paradigma de la relación que el hombre está llamado a establecer con la realidad, como trabajo de toda su vida.

Estos temas, como las películas que los ilustran, deben ser entendidos a través del único trabajo de la vida: este sabio uso del tiempo que consiste en la construcción de la memoria del hombre a través de la responsabilidad del hombre con la realidad.

Esa es la condición común del capítulo que ahora se inicia. Porque la vida del hombre entraña esta curiosa condición: sólo crece en la medida en que se gasta. Es como si perdiera densidad cuando uno pretende guardarla para sí. Por eso, como decíamos al principio, el problema de la vida del hombre no es la actividad que llena la mayor parte de nuestro tiempo y a la que nos dedicamos, sino el modo como nos aplicamos a esa actividad. Así, la más aparentemente insignificante de las tareas —remendar zapatos viejos— hecha por alguien que ama el trabajo bien hecho, que pone atención y cuidado en su tarea, orgulloso del resultado de su esfuerzo y que tiene en el horizonte de su mirada a aquéllos a los que quiere, adquiere una grandeza y dignidad inigualable. Insuperable. El taller, los zapatos, la jornada, las semanas y los meses... todo se vuelve grande y denso. Y, por su puesto, también su vida.

Porque en torno a un gran amor todo se convierte en acontecimiento.

Tema 18

Esclavitud y trabajo moderno

Que el hombre es constitutivamente responsable salta a la vista con sólo observar la dinámica con la que se desenvuelve ante la realidad. Como otros seres, se sirve de lo que encuentra para atender sus necesidades y las de los suyos, pero en el mismo modo de hacerlo introduce un factor de novedad que hace de cada gesto algo único, algo humano. Por eso, el trabajo del hombre tiene algo muy especial sobre lo que es preciso ir despacio. Según cómo concibamos el trabajo del hombre, concebimos al hombre mismo. Y, al revés, la concepción que tenemos del hombre influye en el modo en que pensamos el trabajo.

Sucede habitualmente que pensamos en el trabajo a partir de dos ideas ya hechas —prejuicios— que determinan nuestra mentalidad y el aprecio que le tenemos. En primer lugar, tratamos el trabajo como si tuviera algo de condena sobre el hombre, como si fuera un estigma que acompaña nuestra vida y por la que ésta no puede subsistir sin penalidad. Incluso la misma palabra trabajo procede de otra latina que hace referencia a un tipo de tortura que se empleaba en la antigüedad en forma de «tres palos» —*tripalium*—. En ese sentido, hay algo maldito en la vida del hombre que la hace ingrata y de lo que, si es posible, hay que huir: el trabajo. En segundo lugar, pensamos en el trabajo como una mercancía que produce el hombre. Del mismo modo que los árboles producen fruta y la tierra verduras, el hombre produce trabajo. Y ese producto es valioso porque le proporciona otras cosas valiosas. Por eso lo podemos poner a la venta en el mercado e intercambiarlo por otros productos que necesitamos. Si el trabajo que uno pone a la venta es escaso y apreciado, le pagan más por él, y si es barato, porque es muy abundante, le pagan poco y tiene que trabajar mucho para conseguir a cambio la misma cantidad de dinero que otro obtiene con menos trabajo. Así existe el mercado de trabajo, un mercado donde cada uno pone su mercancía primera y más elemental, su trabajo; salvo el que no tiene necesidad de ponerlo a la venta porque

puede subsistir sin tener que venderse, o porque es rico o porque otro le resuelve esas necesidades de la vida por las cuales intercambiamos nuestro trabajo. El trabajo, en definitiva, es un producto.

Pero estos dos modos de aproximarnos al trabajo del hombre no hacen justicia al hombre ni a su trabajo, aunque no están totalmente alejados de la realidad. Un filósofo griego decía que no hay nada tan falso que no sea al menos en algún sentido verdadero, porque todo error descansa siempre sobre algún principio de verdad.

En el primer caso, es verdad que al trabajo humano le acompaña la fatiga y, por tanto, el sacrificio. Pero eso no hace que el trabajo sea una condena: el trabajo es necesario para la vida del hombre y es una expresión muy cualificada de la persona de la que procede, de ahí que tenga una singular excelencia que no se ve disminuida por el hecho del cansancio y el dolor que le acompañan. En el segundo caso, es cierto que el trabajo es el modo ordinario de subsistencia del hombre y de su familia, pero eso en ningún caso quiere decir que el trabajo sea una mercancía o un producto, intercambiable con otros productos o meramente cuantificable en dinero. El hecho de que retribuyamos al hombre por su trabajo no significa que se pueda comprar el trabajo o que sea intercambiable con el resto de los elementos que entran en el proceso de producción. El trabajo, como expresión del hombre, es superior a todos los demás elementos de la vida económica que son, respecto del trabajo, meramente instrumentales.

El trabajo es, como hemos dicho, otra cosa.

En primer lugar, el trabajo es expresión de la persona, procede directamente de la persona y le ha sido dado para su utilidad. En este sentido todo trabajo es personal. Que lo sea significa que, aunque lo que hagamos se ordene inmediatamente a la consecución de algo útil para nosotros, o para otro, el gesto tiene como horizonte ideal el cumplimiento pleno del hombre: es relación con el destino del hombre. Por eso, el dinero no retribuye adecuadamente el trabajo, aunque sea necesario tenerlo. Los antiguos reservaban una virtud, la *observantia*, derivada de la justicia, que servía para re-

conocer la deuda que el hombre tiene con quien hace bien su trabajo, deuda que no se salda con el pago del salario ni el precio del servicio que se presta, y que manifiesta el valor que tiene el trabajo del hombre cuando está bien hecho, cuando se hace con conciencia de su valor.

El trabajo es, en segundo lugar, una necesidad del hombre, de la vida humana. Por tanto, el trabajo se refiere a un aspecto constitutivo de la persona. Es de ese tipo de necesidades que tienen directamente que ver con la realización total de la persona. El cansancio, la fatiga y el dolor no son un obstáculo sino más bien la condición para alcanzar ciertos bienes que de otro modo se perderían. Lo mismo sucede respecto al esfuerzo del atleta al afrontar una prueba deportiva: los cuarenta y dos kilómetros y medio que hay que correr en una maratón no suponen una condena para el que los corre, sino la posibilidad misma y la puerta que da acceso a la satisfacción que se experimenta durante la carrera y al llegar a la meta.

Esas son las dos notas naturales del trabajo que siempre le acompañan y fundamentan su dignidad: el trabajo es personal y es necesario.

En la medida en que es personal siempre hay una dimensión subjetiva en el trabajo, como un resto de la persona que se comunica en el trabajo y que, como hemos señalado, es imposible de valorar adecuadamente. Pero, al mismo tiempo, el trabajo entraña también introducir una modificación en el mundo, un cierto resultado en forma de bienes o servicios, una dimensión objetiva, fácilmente perceptible y cuantificable. Una es más evidente que la otra, porque podemos reconocer con facilidad la utilidad del resultado que proporciona la dedicación de una persona a una tarea —el campo resulta arado, la casa construida o la comida hecha. En cambio, la dimensión subjetiva es perceptible sólo para la mirada educada, para el que ha aprendido a reconocer el lazo invisible que une al hombre con aquellas cosas en las que pone su afecto y de las que se siente responsable: su tierra, su hogar o su familia —cómo valorar adecuadamente el trabajo de una madre al velar el sueño de su hijo enfermo o el de un carpintero al fabricar una mesa o el de un jurista al dar un consejo a su cliente. Esa dificultad en percibir el valor del trabajo hace que en

ocasiones subordinemos la dimensión subjetiva del trabajo a la dimensión objetiva, que valoremos el trabajo por la utilidad que inmediatamente reporta y que podemos cuantificar, despreciando su dimensión personal.

Cuando se hace eso, lo que se vende no es el trabajo, se comercia con el hombre. El hombre pasa a ser visto en función de una utilidad, de un modo instrumental: eso significa despojarlo de valor. Eso es la esclavitud. Así sucede en el diálogo que Marlon Brando (Johnny en *La ley del silencio*) mantiene con su hermano Charley, al hablar del combate amañado en el que Johnny podría haber ganado el título; la respuesta de Johnny no tiene que ver con lo útil, sino con su valor como persona, su propia estima como hombre: «no es una cuestión de dinero, podría haber sido alguien, en lugar de un inútil». O, en la misma película, cuando el sacerdote explica la situación de injusticia que sufren los estibadores del puerto diciendo: «¿sabéis cuál es el problema? Que el amor a un dólar es mayor que el amor a un hombre». En todos los casos, la subordinación del hombre al producto de su trabajo supone despojar de valor al hombre, hacer de él una cosa, hacer al hombre esclavo.

A su vez, en la medida en que es necesario, expresa una dimensión constitutiva de la persona que no se satisface de ningún otro modo. Si el hombre no trabaja, si no lleva adelante su trabajo, hay algo en él que no se cumple. Porque, como hemos señalado antes, trabajar supone asumir una responsabilidad sobre el mundo y sobre las personas que nos rodean que no sólo transforma la realidad, sino que también nos transforma a nosotros mismos. Trabajar es establecer una relación con otros para cuidar a la vez la tierra y a las personas que amamos. Por eso, cuando uno no puede trabajar porque no encuentra trabajo lo que resulta afectado es una dimensión muy íntima del hombre: el sentido de su propia vida. En la película *Lloviendo piedras* el personaje del padre (Bob), hace todo lo que está en su mano para procurarse un trabajo que le permita conseguir el dinero necesario para que su hija pueda estrenar un vestido el día de su primera comunión, «como las demás niñas»: limpia sumideros, roba césped, trabaja en una discoteca... nada es un obstáculo si le per-

mite atender la necesidad de aquélla por quien lo hace todo, de su hija. Ese deseo de ser capaz de atender las necesidades de los seres a los que uno quiere, de hacer todo lo que está a mano para afirmar el valor y la dignidad de una persona a la que se quiere es lo que late detrás de la necesidad de trabajar.

Por eso hemos definido el trabajo como una actividad humana cooperativa por la que cuidamos –nos responsabilizamos– del mundo y de las personas que amamos. Mediante el trabajo el valor de cada uno se afirma y consolida en la medida en que afirmamos el valor de las cosas y de las personas que amamos. En este sentido, el modelo de la relación de trabajo es la relación entre el padre y el hijo, porque el valor del padre crece en la medida en que afirma el valor de su hijo: cuanto más cuida de su hijo, mayor paternidad.

Sólo quien ha hecho esta experiencia de responsabilizarse del mundo y de las personas que quiere está en condiciones de vivir bien el trabajo y la fatiga que supone.

Cuestiones

1. ¿Por qué trabaja la gente? ¿Has notado que quien tiene a alguien de quien cuidar lo hace con más gusto que quien sólo trabaja por el dinero con el que se le retribuye?

2. ¿Por qué crees que se produce la sensación de una «vida inútil» en quien no trabaja, ya sea porque no encuentra trabajo o porque no lo necesita ni lo busca? ¿Sólo trabaja quién obtiene una utilidad propia a cambio, o también es trabajo la responsabilidad que uno asume sobre el mundo y los demás hecha de un modo gratuito? ¿Qué produce más satisfacción a la persona que trabaja?

3. ¿Qué debiera hacerse cuando no hay trabajo para todos? ¿Es justo proponer sólo medidas de subsidio económico y de jubilaciones anticipadas, olvidando la necesidad del hombre de trabajar? Con eso se resuelve el problema económico, pero ¿se resuelve el problema humano?

PELÍCULAS



1. **Símbolo de fuerza** (*F.I.S.T.*) (EE.UU., 1978).

Director: Norman Jewison.

Intérpretes: Sylvester Stallone, Rod Steiger, Peter Boyle, Melinda Dillon.

Una interesante reflexión sobre el sindicalismo visto desde su lado más negativo, como fuerza influenciada por intereses ajenos a la defensa de los trabajadores y haciendo particular hincapié en la idiosincrasia del movimiento sindical estadounidense. Muy interesante examinar la importancia del liderazgo en las organizaciones.

sincrasia del movimiento sindical estadounidense. Muy interesante examinar la importancia del liderazgo en las organizaciones.



2. **La buena vida** (España, Francia, Italia, 1996).

Director: David Trueba.

Intérpretes: Fernando Ramallo, Lucía Jiménez, Luis Cuenca, Isabel Otero.

Tristán Romeo está a punto de cumplir quince años. Disfruta de la buena vida que sus padres han construido para él. Y sin embargo, no falta demasiado para que su entorno de protección, cariño y

comodidades se desmorone. A partir de ahí aprenderá lo que es el sabor de la soledad, de la tristeza y que sobrevivir tiene, muchas veces, más importancia que vivir.



3. **La ley del silencio** (*On the Waterfront*) (EE.UU., 1954).

Director: Elia Kazan.

Intérpretes: Marlon Brando, Eva Marie Saint, Karl Malden, Lee J. Cobb, Rod Steiger.

Sin duda una de las obras maestras de la historia del cine. Ganó ocho Oscar: a la mejor película, al mejor director, al mejor actor principal (Marlon Brando), a la mejor actriz de reparto (Eva Marie Saint), a la mejor dirección artística, a la mejor fotografía, al mejor guión original, y al mejor montaje, y fue nominada a otros cuatro: al mejor actor de reparto (Lee J. Cobb, Karl Malden, Rod Steiger), y a la mejor música.



4. **Lloviendo piedras** (*Raining Stones*) (Gran Bretaña, 1993).

Director: Ken Loach.

Intérpretes: Bruce Jones, Julie Brown, Gemma Phoenix.

Raining stones se integra en una especie de trilogía, junto con *Riff-Raff* (1991) y *Ladybird Ladybird* (1994), sobre la descomposición social en el Reino Unido. Obtuvo en Cannes el premio Especial del Jurado. La película nos plantea las consecuencias de la alienación en el trabajo de manera muy gráfica y pone en contraposición los aspectos humanizantes y deshumanizantes del trabajo moderno.

Tema 19
Nuevos ricos y viejos pobres

El trabajo humano supone asumir una responsabilidad sobre el mundo y sobre las personas a las que uno quiere. Esa responsabilidad se traduce, en primer lugar, en la atención a las necesidades que la vida del hombre presenta, necesidades propias y necesidades de los demás que entrañan ocupar el tiempo de un modo que siempre resulta a la vez penoso y fecundo. El cuidado sobre los demás y el sacrificio son las condiciones sobre las que se desarrolla este trabajo porque, como dijimos al principio, el hombre es constitutivamente responsable. Pero esa responsabilidad es progresiva, como el trabajo mismo.

En primer lugar, el hombre debe atender al impulso primero y más natural: debe atender a su propia subsistencia. La subsistencia no se limita al alimento o al vestido, también es preciso un ámbito humano en el que desarrollar la vida, un espacio del mundo que haya sido domesticado, se haya «hecho de casa» —eso significa domesticar. En este sentido, el primer trabajo que el hombre lleva a cabo es domesticar el mundo para crear un «mundo humano», crear una casa. Así se atiende, en primer lugar, a las necesidades cotidianas más elementales y comunes: las de la casa. Una vez atendidas, éstas no bastan para hacer de la vida una vida humana.

Por eso, en segundo lugar, el hombre atiende con su trabajo las necesidades morales de la vida humana, de educación y decoro. Para que no solamente vivamos, como lo hacen los demás animales, sino para que vivamos una vida buena, dignas de hombres. Esta exigencia de un modo bueno de vida sólo se presenta en el hombre cuando tiene atendidas las primeras necesidades vitales. Pero una vez que se presenta, ésta es la principal de las exigencias: vivir como viviría un hombre bueno. En alguna de las películas propuestas el esfuerzo de los protagonistas se encamina a proporcionar a los suyos una buena educación y oportunidades de crecimiento personal, moral, y no sólo material. Porque a nosotros no nos basta con vivir, como hacen los animales, que comen y duermen.

men satisfechos: necesitamos escoger entre todas las posibilidades la vida más verdadera, buena y bella. Una vida a la altura de las exigencias de nuestro corazón, pues sabemos que no todos los modos de vivir son igualmente verdaderos, buenos y bellos, y eso se reconoce espontáneamente, el corazón lo reconoce. Pero aún esto está esta llamado a ser superado por un compromiso mayor.

Así, por último, el hombre atiende con su trabajo la responsabilidad por el destino del otro, por el cumplimiento de la vida del otro, y le acompaña en el recorrido de la vida. Éste es el horizonte ideal al que apunta toda relación humana y hacia el que se dirige todo deseo humano: acompañar a otro al cumplimiento de su vida. Cuando se alcanza este compromiso con la vida del otro, la responsabilidad suele ser mutua. Cada uno responde por entero del otro.

Este progresivo recorrido aparece reflejado con sorprendente perfección y sencillez en la película *Estación central de Brasil*. Los protagonistas, Isadora (la que escribe las cartas) y Josué (el niño), van progresivamente estrechando su relación: Isadora no puede dejar de sentirse implicada, a su pesar, en la vida de Josué y comienza por alojarle, después le acompaña al autobús, más tarde hace con él el viaje y, finalmente, le propone una compañía para toda la vida. Si al final le deja es porque su vida se cumple mejor con sus hermanos que con ella. Pero, al mismo tiempo, y esto es extraordinario, Josué cuida de ella y comienza a ser una compañía en la vida de Isadora: desde un regazo en el que descansar hasta la posibilidad de ver con afecto su propia historia y mirar con esperanza el futuro. Josué empieza a mirarla e, incluso, la descubre hermosa. Ser mirado así es necesario para la vida humana: todos necesitamos que alguien nos sepa mirar así.

La posibilidad de asumir esta progresiva responsabilidad sobre la realidad y sobre las personas a las que quiere depende en buena medida del fruto primero y más inmediato del trabajo, que es su remuneración.

El salario es el vehículo normal para la satisfacción de las necesidades vitales del hombre y de su familia, le posibilitan el acceso a los bienes que necesita y le abre la posibilidad de

alcanzar bienes de una naturaleza superior. De aquí la extraordinaria importancia que el salario tiene en el orden económico y laboral. Un salario justo se convierte en la verificación concreta de la justicia de todo el sistema social y económico.

En este sentido, el salario no retribuye sólo el trabajo, la dimensión objetiva de éste, sino que atiende a la dimensión subjetiva o personal del trabajo. Para que el salario sea justo no debe fijarse sólo en el resultado de la actividad laboral, sino también en las necesidades vitales del trabajador, como hombre y como miembro de una familia. Por eso, la idea de que a igual trabajo debe darse igual remuneración resulta reductiva, pues mira sólo a una de las dimensiones del trabajo, su resultado material, su dimensión objetiva. Hay que pensar, además, que lo que el hombre obtiene con su trabajo debe posibilitarle los medios de acceso a la vida que hemos descrito como humana, una vida en la que estén cubiertas las necesidades materiales y morales.

Para eso, es preciso además que el trabajador pueda acceder al ahorro y a la adquisición de un pequeño patrimonio que pueda transmitir por herencia a sus hijos. Porque, reiteramos una vez más, el trabajo es fruto de una necesidad del hombre, de una de esas necesidades que están en relación con las exigencias más profundas de su corazón. Es preciso explorar, por tanto, estos deseos del corazón para entender las necesidades a las que atiende el trabajo y que el salario debe posibilitar.

Frente a esta concepción de la retribución del trabajo se levantan dos obstáculos: por un lado, una concepción del trabajo según la cual éste es una mercancía y su retribución debe reducirse como se reducen el resto de los elementos que intervienen en el proceso de producción o en la vida económica de una empresa o un país. Por otro lado, una mentalidad consumista que concibe la vida del hombre del mismo modo limitado, restringiendo sus exigencias al bienestar material. Hay que señalar que en ambos casos el trabajo ya no es, en primer lugar, expresión de una persona. Se ha perdido el horizonte personal del trabajo y la necesidad del hombre de trabajar. Trabajo y vida se conciben de un modo instrumental: la vida está para la satisfacción de los apetitos y el trabajo

sólo tiene sentido en la medida en que los satisface, sólo es útil, como lo es el dinero por el que se intercambia.

Es esta pérdida de horizonte, en el que desaparece el hombre en toda su estatura, la que desencadena el proceso reductivo que en la actualidad conocemos: todo el valor del trabajo está en la utilidad que procura, ésta es intercambiable por otros productos en el mercado y está sometida a los mismos juegos de oferta y demanda que el resto. Al final se trabaja más y de modo más eficiente, pero ¿cómo queda el hombre que trabaja? Nuestras modernas sociedades han convertido la eficiencia en un valor y, en cierto sentido, nos han esclavizado a todos al hacernos siervos de la utilidad. ¿Pero quién sale, verdaderamente, ganando cuándo se conciben así el hombre y el trabajo? cuando se ha producido más y mejor, ¿qué queda del hombre?

Vale la pena hacer notar que el problema no está en esta estrecha concepción del trabajo y su retribución, sino en una concepción pequeña del hombre que lo reduce a su dimensión material y física, al universo inferior entre los dos en los que siempre se encuentra el hombre.

Cuestiones

1. ¿Quién cuida de ti y de quién cuidas tú? ¿Crees que se reconoce en esa responsabilidad mutua entre los hombres el trabajo primero y principal? ¿Y que para atender esas necesidades existe la retribución?

2. ¿Cómo cuantificaremos el salario si tenemos que atender a todos los factores que hemos señalado, personales, familiares y de ahorro? ¿Sería justo que fuera de otro modo? Cuando no es posible por las circunstancias de la empresa, ¿debe el Estado asumir lo que falta hasta el salario justo?

PELÍCULAS



1. **El candidato** (*The Candidate*) (EE.UU., 1972).

Director: Michael Ritchie.

Intérpretes: Robert Redford, Peter Boyle, Melvyn Douglas.

Oscar al mejor guión original. La película, que fue un éxito para su protagonista, nos plantea la necesidad de la coherencia en la vida privada para acometer los desafíos que la lealtad demanda en la vida pública. Será pertinente examinar

hasta qué punto el márketing diseña los contenidos del discurso político y hasta qué punto éste se mueve por las ideas.



2. **Estación central de Brasil** (*Estação central do Brasil*) (Brasil, 1998).

Director: Walter Salles.

Intérpretes: Fernanda Montenegro, Marília Pêra, Vinicius de Oliveira.

Uno de los filmes más galardonados en su año, incluyendo dos nominaciones de los Oscar: a la mejor actriz principal y a la mejor película de habla no inglesa. Además, con *Estación Central de Brasil*, Walter Salles ganó un considerable número

de premios internacionales, entre otros el Oso de Oro en la Berlinale de 1998 y un Globo de Oro. El reflejo que los despojos del desarrollo producen en los países menos pudientes no deja de inquirirnos sobre la necesidad de implementar un desarrollo a escala humana.



3. **La vida prometida (Este-Oeste) (Est-Ouest)** (Francia, España, Rusia, Bulgaria, 1999).

Director: Régis Wargnier.

Intérpretes: Sandrine Bonnaire, Oleg Menchikov, Catherine Deneuve.

Película dirigida por el autor de *Indochina*, Régis Wargnier, con la que consiguió en 1993 el Oscar a la mejor película de habla no inglesa. El filme es una crítica certera de los engaños utópicos con los que el llamado socialismo real hipnotizó a los críticos del también llamado capitalismo salvaje durante los años de la guerra fría.



4. **¡Qué verde era mi valle!** (*How green was my valley*) (EE.UU., 1941).

Director: John Ford.

Intérpretes: Walter Pidgeon, Maureen O'Hara, Anna Lee, Donald Crisp.

Esta maravillosa cinta del maestro John Ford fue la gran triunfadora en el palmarés de los Oscar de 1941. Obtuvo 5 estatuillas entre ellas las correspondientes a la mejor película y al mejor director. La narración que nos hace el menor de los hijos de la familia Morgan de un pueblo minero de Gales y sus cotidianas aventuras y desventuras laborales y vecinales tiene toda la belleza de la inmensa bondad de los personajes que la protagonizan. Los tradicionales valores de la familia se ven desgarrados por acontecimientos tristes, injustos y trágicos, pero a pesar de ello Ford consigue crear un clima de fraternidad y respeto que, además de emocionar, entretiene y hace disfrutar de principio a fin.

Tema 20

Ocio y negocio

Si volvemos a elevar la mirada sobre el hombre, hasta que éste vuelva a alcanzar toda su estatura, y situamos correctamente la prioridad de la dimensión personal o subjetiva del trabajo sobre la dimensión útil u objetiva, veremos que no había exceso al exigir a la retribución por el trabajo que atendiera al sostenimiento del hombre y de su familia y a la generación de un pequeño ahorro que se pudiera transmitir por herencia, una pequeña propiedad. De todas formas, podríamos preguntarnos: ¿no será suficiente con que el trabajo dé de comer al hombre y a los suyos? Todo lo demás ¿no parece un afán excesivo de riquezas? ¿Es necesario tanto?

La riqueza, como el resto de las cosas en general, no es de suyo mala; malo es el orden que establecemos entre las cosas al dar importancia a lo que no la tiene o al quitarle valor a las cosas importantes. En ese sentido, es bueno el deseo del hombre de vivir con holgura y comodidad, tanto como sea posible. Además, la riqueza proporciona acceso a la propiedad y esto, más allá de ser deseable, en un cierto sentido es necesario. Se verá con evidencia si reflexionamos sobre dos beneficios que entraña la propiedad de los bienes.

El primer beneficio que la propiedad proporciona al hombre es la posibilidad de adquirir una cierta autonomía en la vida. Quien sólo vive del salario, en un cierto sentido vive al día. Inevitablemente se achica su horizonte vital. Aunque son los afanes de cada día los que ocupan la mayor parte de nuestro tiempo y nuestras preocupaciones, el hombre no puede dejar de proyectarse en el tiempo y pensar qué serán las cosas en el futuro, hacer planes y que se despierte en él el deseo de hacer cosas que trasciendan el paso de lo cotidiano. Cosas de más envergadura y valor, que entrañan una mayor preparación y más permanencia: así la educación de sus hijos o construir una casa, preparar un viaje o hacer un regalo especial a alguien querido. Esta autonomía que exige la vida del hombre requiere la generación de un cierto capital, la posibilidad de ahorrar o tener una pequeña propiedad.

La autonomía es importante porque proporciona al hombre libertad. Libre es aquél que está en sus propias manos, aquél que está puesto en manos de sí mismo y lo sabe. Obra de un modo u otro y en él están los motivos de la acción y el impulso para realizarla. Eso no significa que no venga muy condicionado, pues no hay libertad sin algún tipo de restricción —la primera y más importante es mi propia condición restringida: física, intelectual y moral; yo soy como soy, y ésa es la primera condición de mi existencia, mi altura, mi belleza, mi inteligencia, mi familia, mis amigos, mi nación... y nada de eso disminuye o anula mi libertad. Más bien, ésa es la condición de la libertad, porque es la condición de la existencia. Pero para tener dominio de mi propia vida y ser yo el protagonista, tengo que tener la posibilidad de trascender lo cotidiano, y eso sólo sucede si se tiene una cierta propiedad o riqueza, si se asegura al individuo y a su familia una independencia que les dé estabilidad en la vida.

La riqueza, cierta riqueza, es necesaria para no estar condenados a depender de los poderosos.

Por otro lado, la riqueza, el ahorro o la propiedad proporcionan al hombre un segundo beneficio, muy relacionado con el deseo del hombre no sólo de trabajar sino de hacerlo en algo propio, trabajar para sí mismo en un negocio propio. De este deseo y de esa situación parte, precisamente, una de las películas propuestas, *Mi pequeño negocio*. La carpintería del protagonista es la que heredó de su padre y aun éste del suyo. El valor de ese negocio excede con mucho el valor del beneficio que de él obtiene porque en él están implicados no sólo aspectos económicos, sino una parte importante de su propia historia: soy yo mismo, personalmente, el que me comunico en una pequeña empresa que se levanta sobre mi trabajo y es de mi propiedad, que está en mis manos. Esa mayor responsabilidad, en la medida en que el hombre responde más íntegramente de todo el proceso de transformación de la realidad o en todo el proceso de prestación de un servicio, hace más significativo y da más sentido al esfuerzo del hombre en el trabajo. Y hace más plena su vida.

El problema de la riqueza y de la propiedad está en que es fácil perder de vista su sentido instrumental y que se acabe

invirtiendo el orden: ya no se ordena la riqueza al hombre, sino que el hombre se ordena a generar más riqueza, y toda su vida acaba subordinada a este fin. O de un modo más general, que el capital acabe prevaleciendo sobre el trabajo.

Esto puede suceder en un doble sentido, en primer lugar, cuando entre los elementos que intervienen en el proceso de producción o en la economía se estima más el capital que el trabajo; en segundo lugar, cuando el trabajo del hombre no se ordena a enriquecerle sino a hacerle rico —que es distinto.

El primero de los peligros apuntados se ha materializado en forma de sistema, dando origen a un modo de entender la economía y la sociedad a partir de la primacía del capital sobre el trabajo humano. Tal sistema se denomina capitalismo.

En realidad, el capitalismo no es exactamente un sistema perverso, sino la perversión de un sistema que parte de reconocer la colaboración entre el capital y el trabajo en la generación de una obra común. La perversión se produce cuando alguno de los elementos que colaboran a la obra común se atribuye en exclusiva lo que es el resultado de la eficiencia unida de los dos, de manera que negando el valor del otro, se atribuye en exclusiva la totalidad del resultado obtenido. Quien singularmente ha hecho esto es el capital. Así que, en cierto sentido, el capitalismo alude al sistema económico y social que subordina el trabajo al capital, buscando la riqueza de unos pocos a costa de la pobreza de otros muchos. Véase lo que sucede en la película *Wall street*: tal es la primacía del dinero y del deseo de riqueza que no es obstáculo el daño que causa, en forma de despidos y pobreza —como sucede con la línea aérea con la que el financiero Gordon Gekko (Michael Douglas) quiere especular.

El problema, en el fondo, es el mismo que comentábamos antes al señalar la subordinación de la dimensión personal o subjetiva del trabajo a la dimensión objetiva: implica siempre una visión reductiva del hombre, la existencia humana se reduce a la dimensión económica, que se convierte en la dimensión clave del ser humano.

Pero no olvidemos que un hombre medido sólo por su utilidad es un esclavo.

Hay que hacer notar que el sistema que aparentemente más se opone al sistema capitalista, el socialismo, también esclaviza al hombre porque también él reduce lo humano a la dimensión material o económica, aunque desde una perspectiva distinta. El socialismo considera al factor material y económico como el factor clave en la transformación del hombre. Así, postula que se puede cambiar la naturaleza del hombre a partir de un cambio en sus condiciones materiales de vida, más en concreto cambiando la titularidad de los medios de producción. Pero en este sentido el socialismo sólo es un capitalismo de Estado, es un sistema capitalista en el que el titular de la propiedad es el Estado, no los individuos. De este modo no resuelve el problema del hombre, porque el hombre no es sólo economía.

Muy inteligentemente aparece esto expresado en la película *Vivir para gozar*. Cary Grant (Johnny Case en la película) quiere dejar de trabajar hasta que entienda para qué debe trabajar, qué sentido tiene el trabajo. Las ofertas que le hace el que podría ser su futuro suegro, uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, no le atraen. Como él mismo dice, «me temo que no ansío las cosas por las que la gente trabaja, no necesito demasiado dinero». «¿Demasiado dinero? –pregunta sorprendida su prometida». «Sí, bueno, más de lo que necesito para vivir –contesta Case».

¡Ésta es una sabia respuesta!

El problema de la economía es que tiene tendencia a considerarse la dimensión fundamental de la vida del hombre, y no lo es. Porque la economía es muy importante para resolver algunos problemas necesarios de la vida del hombre –comida, vestido, sanidad, bienestar material...–, pero deja sin solucionar el problema principal de la vida, porque lo importante en la vida no es vivir, sino saber para qué se vive. La respuesta a esa pregunta, evidentemente, no es económica. Es preciso, como dice sabiamente Johnny Case, «retirarme, e intentar descubrir quién soy, experimentar la vida». Es preciso un cierto huir de las ocupaciones y afanes de la vida.

La vida exige ocio. El ocio es la negación del negocio, o más exactamente al revés: el negocio se define por ser la negación del ocio (*nec-otium*), pues la condición más propia del

hombre sería la del que puede dedicarse a «intentar descubrir quién es» —como decía el personaje de *Vivir para gozar*. Pero esa tarea requiere un tiempo distinto del ordinario, del tiempo dedicado al cuidado del mundo y de los otros: un tiempo dedicado al cuidado de uno mismo. Porque mientras uno está preocupado por lo necesario no se puede ocupar de otras cosas, también muy importantes.

Sorprendentemente, eso era en su sentido primero la «escuela» —aunque no la que conocemos en la actualidad para los niños. Etimológicamente, escuela procede del latín *schola*, que significa «lugar de ocio». Las escuelas, sobre todo durante la Edad Media, eran los espacios sustraídos a los afanes y disputas del mundo donde el hombre se dedicaba a lo «único importante»: encontrar el sentido y significado de su propia vida y de toda la realidad. Eso está muy unido al sentido religioso del hombre, por eso las «escuelas» medievales se crearon al abrigo de los monasterios y los lugares de culto que la Iglesia fundó a lo largo y ancho de toda Europa. Precisamente en esos lugares se preservó y acrecentó la sabiduría antigua, permitiendo que las disputas militares y políticas, tan frecuentes ahora y antes, no impidieran que se pudiera transmitir todo lo verdadero que el hombre había descubierto a lo largo de su historia.

Este es el sentido del ocio en la vida del hombre. La capacidad de interrogarse por el sentido de las cosas que hace y por el significado y el valor de su propia vida hace que un hombre sea plenamente hombre.

Por eso, aunque lo que normalmente acompaña nuestra vida cotidiana es el trabajo, cuando éste ya está realizado surge esta exigencia de interrogarnos por la realidad. De aquí el extraordinario valor del tiempo libre y por eso es tan significativo el uso que hacemos de él, del tiempo de ocio.

No existe un modo más directo y sencillo de conocer a una persona que preguntarle cómo y en qué emplea su tiempo libre. Un tiempo que, por definición, está dedicado al cuidado de nosotros mismos, en su sentido más verdadero: interrogarnos por el sentido de las cosas que hacemos y de la vida que vivimos.

Trabajo y ocio son la expresión de cómo se despliegan en la historia el afecto y la inteligencia del hombre.

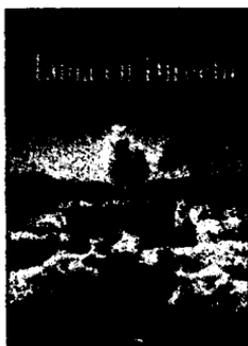
Cuestiones

1. ¿Es posible tener demasiado dinero o nunca se tiene demasiado? ¿Cómo medirías la cantidad de dinero que es bueno tener? O ¿qué peligros puede acarrear tener demasiado dinero?

2. ¿Qué es en la actualidad más importante en la estima social y económica, el capital o el trabajo? ¿Qué consecuencias entraña eso?

3. ¿Qué destino le damos al tiempo libre? ¿Qué juicio podemos hacer de nuestra sociedad y nuestra cultura a partir de lo que nos propone como ocupación del tiempo libre?

PELÍCULAS:



1. **La luna en directo** (*The Dish*) (Australia, 2000).

Director: Rob Sitch.

Intérpretes: Sam Neill, Kevin Harrington, Tom Long, Patrick Warburton.

La víspera del lanzamiento del Apolo 11, en julio de 1969, la NASA solicita su colaboración al pueblo de Parkes, una región campesina australiana, para que les ayuden a mantener la comunicación con la nave espacial, ya que en esta loca-

lidad está situada la antena parabólica más grande del hemisferio sur. Con este telón de fondo Rob Sitch nos dibuja con una sutileza y sencillez de maestro los roles sociales y laborales de un pueblo así como las diferencias de estatus entre hombres y mujeres.



2. **Mi pequeño negocio** (*Ma petite entreprise*) (Francia, 1999).

Director: Pierre Jolivet.

Intérpretes: Vincent Lindon, Francois Berléand, Roschdy Zem.

La gran dedicación de Ivan es sacar adelante su pequeño negocio de ebanistería. Es un trabajador infatigable a quien le gusta el trabajo bien hecho. Todo cambiará cuando el taller de Ivan es devastado por un incendio y, a raíz del accidente, descubre que su agente de seguros ha estado apropiándose de las primas. Sin negocio y sin seguro, Ivan decide saltarse la ley: visitar el ordenador central de la compañía de seguros y cambiar la fecha del contrato. Un fraude empieza a perfilarse y su organizador es un amante del trabajo bien hecho... ¿pero estaba bien hecho?



3. **Vivir para gozar** (*Holiday*) (EE.UU., 1938).

Director: George Cukor.

Intérpretes: Binnie Barnes, Cary Grant, Henry Kolker, Katharine Hepburn.

Película basada en la obra de Philip Barry, llevada anteriormente a la pantalla por Edward H. Griffith. Estamos ante una espléndida comedia dirigida por George Cukor. Johnny Case es un hombre algo excéntrico que está a punto de casarse con la hija de un millonario. Todos pretenden convencer a Johnny para que siente la cabeza y se dedique a los negocios, ante lo cual él se rebela. El protagonista tiene otra idea sobre cuál es el objetivo del trabajo y qué es lo importante en la vida.



4. **Wall Street** (EE.UU., 1987).

Director: Oliver Stone.

Intérpretes: Charlie Sheen, Michael Douglas, Martin Sheen.

Obtuvo un Oscar y un Globo de Oro al mejor actor (Michael Douglas). El protagonista es un ambicioso corredor de bolsa que gracias a su esfuerzo y al de su padre, mecánico y jefe del sindicato, consiguió terminar la carrera universitaria. Su mayor deseo es trabajar con el hombre al que más admira, Gordon Gekko, un individuo hecho a sí mismo sin escrúpulos. La película hace una reflexión sobre la moralidad de la especulación financiera y la importancia de las primeras decisiones en la realización laboral de cada uno.

Tema 21

El trabajo de ellos y de ellas

Trabajo, salario y propiedad tienen todos ellos una nota en común: son a un tiempo personales y sociales. Proceden de una persona y tienen un cierto horizonte comunitario, no individual.

Tal y como lo habíamos definido, el trabajo es la relación que el hombre establece con otros para responsabilizarse del mundo y de aquéllos a los que ama. El trabajo siempre supone al hombre rodeado de otros hombres, tiene una dimensión social. Al menos por dos motivos: en primer lugar, porque nadie trabaja sólo para sí mismo y, en ese sentido, por su finalidad el trabajo siempre tiene en cuenta a los demás; en segundo lugar, porque cuando el hombre trabaja lo hace a partir del esfuerzo solidario con otros hombres: bien porque trabaja con más personas, bien porque ha heredado el esfuerzo y la sabiduría de otros que le precedieron —el hombre que cultiva la tierra como lo hicieron «sus mayores», el que se sir-

ve de las herramientas que otros inventaron o el que continúa la labor que otros empezaron.

El trabajo mira siempre al hombre que vive con otros hombres.

Por su parte el salario y la propiedad, como también dijimos en su momento, no toman en cuenta al trabajador como individuo, sino como miembro de una familia. Por eso precisamente decíamos que la remuneración por el trabajo y la propiedad debían ser suficientes para atender las necesidades del sujeto y de su familia. Ambas exceden el horizonte del individuo y miran la vida comunitaria del hombre.

Para la sabiduría antigua este aspecto social del trabajo, del salario y de la propiedad resultaba evidente, y tenía su origen en la condición social del hombre. No se entendía que un hombre pudiera, no ya vivir, sino siquiera concebirse fuera de una vida compartida con otros hombres. Un hombre no puede pensarse a sí mismo sin hacerlo al mismo tiempo en su mujer y sus hijos, en sus amigos y en los amigos de sus amigos. No es posible que uno se piense a sí mismo fuera de la relación con todos aquellos a los que quiere.

Aristóteles —y sin duda es un buen ejemplo de la sabiduría antigua— comienza una de sus obras dedicadas al hombre señalando que «en primer lugar se unen quienes no pueden existir el uno sin el otro», y añade: el hombre y la mujer para tener hijos, y los que se necesitan mutuamente para poder trabajar juntos, uno poniendo la inteligencia y el otro la fuerza que la obra requiere. Señala de esta manera algo muy interesante y sobre lo que no solemos pararnos demasiado: en ningún caso el hombre puede existir solo.

Eso es verdaderamente interesante, porque en primer lugar significa que no hay ningún bien que desde su origen no parta de la relación entre dos personas; y, en segundo lugar, no hay bien alguno que no se ordene a más de un individuo. Aristóteles concluye su observación diciendo: así surge la familia.

La familia constituye el espacio primero para la vida de los hombres. Y esto en un doble sentido: por un lado, es el primer ámbito de colaboración entre los hombres; por otro,

es el primer escenario de comunicación de bienes, el primer lugar en el que se ponen en común los bienes humanos.

En efecto, la familia es el primer recinto en el que las personas se saben partícipes de una obra común. Lo son inmediatamente el hombre y la mujer para la generación de los hijos, que es tarea común de ambos y sin los cuales es impensable, pues todos queremos nacer del afecto recíproco de nuestros padres. Pero además, la familia es el primer espacio de colaboración entre los hombres para la satisfacción de las necesidades de todos los días, porque en torno a la familia y las necesidades de la familia se unen en primer lugar los hombres para trabajar.

Así mismo, la familia es el primer escenario en el que se ponen en común bienes, en el que éstos se comunican. El primero y más querido de los bienes: los hijos. Y, además, el segundo de los bienes humanos, derivado del anterior, el bien del trabajo, que permite conservar lo que se ha generado, que permite sostener a la familia —el destino primero del trabajo es éste: alimentarla, protegerla y hacerla crecer.

No hay bienes anteriores a éstos, que son los primeros bienes del hombre, tanto en el tiempo como en importancia, pues nada es anterior ni más necesario que el espacio familiar. Como no hay bienes anteriores a éstos, y éstos son comunes a los miembros de la familia, hay que señalar que no existen bienes individuales, de un solo individuo. A lo sumo existe el disfrute individual de un bien común pero, como tal, no hay bienes que deban ser concebidos como pertenecientes a un individuo solitario.

En este recinto privilegiado y natural que es la familia, la colaboración de sus miembros es fundamental e imprescindible. Cada uno de los partícipes juega un papel insustituible y, por eso, precioso.

En primer lugar, el afecto y la colaboración de los cónyuges no sólo es imprescindible para la generación sino también para acoger a los hijos cuando nazcan. Tanto en la generación, como en la educación de los hijos, cada uno de los padres juega un papel complementario muy definido por sus condiciones naturales: el padre, por su condición masculina,

más activo e impulsivo, en un cierto sentido naturalmente ordenado a la adquisición; la madre, por su condición femenina, más receptiva y acogedora, conservadora y administradora de lo adquirido. La moderna psicología ha estudiado el fenómeno del desarrollo de la inteligencia y la maduración del niño y ha puesto de manifiesto la completariedad y la necesidad de las figuras del padre y de la madre para el normal y completo desarrollo del niño. Por ejemplo, así como el amor de la madre suele revestir la condición de incondicionalidad, no hay que ganarlo, se da desde el principio, el amor del padre hay que «merecerlo» de alguna manera: el padre juzga lo que la madre acoge siempre. Ambas cosas, amor incondicional y mérito son estímulos imprescindibles para la maduración humana.

Señalamos esto porque, aunque todas las generalidades adolecen de cierta debilidad, nos sirve para poner de manifiesto la última imagen con la que queremos completar el recorrido que iniciábamos con el trabajo y el uso del tiempo. Si entonces señalábamos que la imagen de la relación entre padre e hijo era el modelo de las relaciones que el hombre debe establecer con los otros hombres —una relación en la que la afirmación de la propia dignidad pasaba por la afirmación de la dignidad del otro: se es más padre cuanto más se afirma el valor de la vida del hijo—, ahora podemos añadir que existe aún una imagen más perfecta de las relaciones que deben darse entre los hombres: la imagen del matrimonio y la familia.

En el matrimonio, a diferencia de las relaciones entre padres e hijos, la igualdad entre los cónyuges es perfecta: ambos son iguales en dignidad y capacidades, llamados a participar por igual de una obra común. Pero al tiempo, esa esencial igualdad no anula la diferencia que entre ellos se da y sobre la que se funda su unión: son hombre y mujer, esencialmente distintos y complementarios.

Una igualdad que no anula la diferencia y una diferencia que no rebaja la igualdad. Sobre esta natural complementariedad se sostiene la unión de los padres. Por eso se propone como modelo de relación entre los hombres: una unión entre sujetos diferentes e iguales que resulta fecunda.

Para que esta unión se haga posible es preciso aprender a reconocer y respetar los papeles complementarios que juegan. Tres de las películas que se proponen entran precisamente a realzar esta diferencia de capacidades y vocaciones que se da entre hombres y mujeres. En el caso de *Forja de hombres*, Spencer Tracy (el padre Flannagan en la película) encarna muy bien la paternidad de un hombre que educa a un niño a ser hombre, aun sin ser su padre –;no toda paternidad viene de la carne! En el caso de *Julia*, la relación de afecto entre las protagonistas viene muy marcada por la condición femenina de ambas, una amistad entre mujeres muy distinta de la que se daría entre hombres. Por último, *Víctor o Victoria* pone de manifiesto la extrañeza de quien asume una identidad diversa de la propia.

Pero a su vez, estas distintas capacidades y vocaciones se movilizan y unifican a partir de la comunión de un mismo afecto, de poner en común un mismo afecto. Eso funda la unión y la hace poderosa, capaz de cualquier gesto. Y eso es precisamente lo que aparece en *El Maquinista de la General*: la búsqueda de la máquina, en primer lugar, y de su novia, después, hace a Buster Keaton protagonista de episodios heroicos que de otro modo jamás se habrían dado.

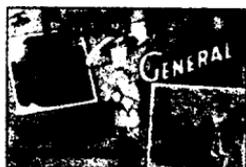
Si la responsabilidad sobre el mundo es el trabajo del hombre en el mundo, la familia es el ámbito primero en el que ese trabajo se sostiene, alimenta y crece. Y toda familia se sostiene sobre la comunicación del amor.

Como ya habíamos dicho antes, en torno a un gran amor todo se convierte en acontecimiento.

Cuestiones

1. El modo actual de entender la igualdad laboral entre hombre y mujer ¿debe traducirse en cuotas paritarias para todas las profesiones? ¿Y para todos los trabajos? ¿Y para todos los deportes?
2. Entre hombre y mujer hay igualdad y diferencia. Cuando el mundo del trabajo no lo distingue ¿quién sale beneficiado y quién perjudicado?

PELÍCULAS



1. **El maquinista de la general** (*The General*) (EE.UU., 1927).

Director: Clyde Bruckman y Buster Keaton.

Intérpretes: Buster Keaton, Marion Mack, Charles Smith.

Basándose libremente en un episodio de la guerra civil americana —el robo por parte de unos espías de la Unión de una locomotora sureña— Keaton creó uno de los espectáculos más imaginativos y trepidantes que alguien haya concebido jamás para una película de cualquier género. El filme, que a pesar de su antigüedad se deja ver con admiración, nos presenta una reflexión sobre la misma idea de progreso (cinematográfico) y nos hace pensar en los roles femeninos y masculinos.



2. **Forja de hombres** (*Boys town*) (EE.UU., 1938).

Director: Norman Taurog.

Intérpretes: Spencer Tracy, Mickey Rooney, Henry Hull.

Oscar en 1938 al mejor argumento original y mejor actor. Nominaciones al mejor guión, director y película. Se cuentan los problemas que sufre un sacerdote, el padre Flannagan, para crear una comunidad destinada a recoger a todos los muchachos sin hogar, que estén por ello a punto de adentrarse en el mundo del delito. Toda la cinta es una reflexión sobre los cambiantes roles masculinos.



3. **Julia** (EE.UU., 1977).

Director: Fred Zinnemann.

Intérpretes: Jane Fonda, Jason Robards, Vanessa Redgrave, Meryl Streep, Maximilian Schell.

Obtuvo tres Oscar: mejor actor secundario (Robards), actriz secundaria (Redgrave), guión adaptado. Lillian Helman conoce en los años 20 a Julia, hija de una acaudalada familia escocesa. Las dos jóvenes, a las que une una profunda amistad,

se separan al llegar a la adolescencia y siguen caminos diferentes. La película muestra el cambio que han experimentado los roles femeninos, y nos ilustra sobre la amistad y lo que significa.



4. **Víctor o Victoria** (EE.UU., 1982).

Director: Blake Edwards.

Intérpretes: Julie Andrews, James Garner, Robert Preston, Lesley Ann Warren.

Oscar a la mejor banda sonora adaptada. Fue nominada a cuatro premios más. En el París de los años 20, una mujer en situación de extrema necesidad se traviste de hombre para triunfar en los escenarios encarnando a un aristócrata homosexual que se traviste de mujer.

Un gángster siente una confusa atracción por él... ¿o por ella? Blake Edwards dirige a su mujer en la vida real y les sale una película muy instructiva sobre el cambio en los estereotipos y roles habido en los últimos años.